



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 15 DE JUNIO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La incomodidad restantes

LA MÁSCARA DE JADE
OLGA DE LEÓN G.

Por el año de 1985 fue robada del Museo de Antropología más grande e importante de la Ciudad de México, entre otras valiosas piezas arqueológicas, la Máscara de jade de Pakal. Una pieza de gran simbolismo y riqueza histórica para la cultura del país y de Mesoamérica, particularmente para la cultura maya, sin que por ello deje de ser de un valor especial para la cultura internacional, por todo el simbolismo que encierra. Se dijo que fue recuperada en 1989, debido a que los ladrones pronto entendieron que no podrían ofrecérsela a los ambiciosos cazadores de reliquias y posibles compradores, pues serían fácilmente descubiertos.

Pero, este no será un relato sobre el robo, el cual ya está suficientemente documentado. No, en esta ocasión nos intriga saber qué fue lo que sucedió en esos cuatro años, en los que la Máscara de jade estuvo fuera del Museo de Antropología e Historia de México. Según la historia, permaneció escondida. ¿Será cierto? ¿Nadie lucró con ella ni intentaron venderla? He aquí lo que las rutas de la imaginación y del arte encontraron, sin mucho esfuerzo de investigación. O, acaso, solo lo imaginado por algunas mentes fantasiosas, las que pudieron saber algo no dicho hasta hoy.

De esa singular máscara, cargada de mitos y leyendas, hicieron replicas algunos artistas de la falsificación, quienes lograron crear, por lo menos, tres máscaras iguales a la original. Si es que esta, ¡realmente sea la fidedigna! Después de siglos, no es difícil pensar que también haya sido una máscara hecha a imagen y semejanza de la original que ya nadie sabe en dónde quedó. Pruebas se han hecho y todas arrojan lo mismo: es auténtica. Solo que por el mundo andan al menos tres más que igual se ostentan como originales, como la Máscara de jade de Pakal. Y están ocultas. Así las mantienen sus dueños, mismos quienes piensan -cada uno- que él o ella tiene la verdadera.

Lo cierto es que desde 1989, a la fecha, se han disipado algunas dudas y el entorno de este tesoro permanece apaciguado (lo que resulta muy conveniente para el gobierno que la recuperó, pues queda como logro del entonces gobernante).

No se sabe a ciencia cierta, cómo ni en dónde, uno de los poseedores de una de las réplicas de la máscara fue secuestrado por uno de los cárteles de la droga de algún país de América hispana, allá por 2001... Lo que sí se supo es que para regresarlo con vida a su familia, pidieron se les entregara la Máscara que él poseía.

Este acto lo realizaron motivados por lo que se había dicho acerca de la magia que dicha pieza poseía, cuando se usaba sobre el rostro durante tres días consecutivos. Me parece recordar que a quien se la robaron, era español, y había triplicado su riqueza en menos de un año, después de haber usado durante tres días seguidos (día y noche) la Máscara de jade: “la abundancia suele ser desmedida en ciertos hombres y mujeres” ...y no miden consecuencias. Así que, al cabo de menos de tres meses, la familia de ese



grupo delictivo sufrió la muerte o aprehensión de algunos hijos y primos... Cuando ya tenían en su poder, o tienen aún, la codiciada Máscara de jade: sea, o no sea, la auténtica.

En derredor de la pieza original, regresada en 1989, que se mantiene resguardada en el Museo de Historia y Antropología de México, cada vez se tejen más historias. Ya no basta con las referencias originales acerca de que perteneció a destacados gobernantes de la época antigua maya, sino muchas más, y más próximas a los tiempos contemporáneos, esto debido a los años del hurto y especialmente a los cuatro que tardaron en recuperarla: Insisto, ¿qué sucedió en esos cuatro años?

Una historiadora quien naciera en los primeros años de mil novecientos sesenta y quien, de vivir aún hoy, tendría poco más de sesenta años, escribió en uno de sus libros acerca de la Máscara de jade de Pakal, que había encontrado una nebulosa sobre la recuperación de dicha máscara. Su obra está plagada de metáforas y frases enigmáticas acerca del hurto o supuesto hurto y las réplicas que de ella se hicieron. La historiadora ya no vive, murió hace poco más de un lustro... Y en cierta ceremonia conmemorativa a su trabajo de investigación, uno de los hijos, expresó que siempre vivieron con temor a sufrir represalias de los gobiernos sobre su familia, debido a la integridad y honestidad de su madre durante toda su vida: “nunca supo mentir o fingir amnesia... Siempre dijo la verdad”.

COROLARIO: De todo lo aquí escrito, muy poco es verdad (el robo y la devolución), y nada o casi nada es mentira: todo es, en todo caso, ficción, imaginación y fantasía: creatividad literaria: ¡Vale!, y ¡ole!

LA MOCEDAD INCIERTA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Sería el único viaje que mi familia completa: mis padres, mi hermana y yo, haríamos de la Ciudad de México a Monterrey por carretera. Habíamos realizado otras excursiones juntos, como las aventuras de un día que efectuábamos de Monterrey a Laredo, Texas, durante la infancia; o el único viaje de vacaciones que tuvimos en familia: a Acapulco, por

cuatro o cinco días. Pero esta vez, a mis cuarenta y dos años, era como si yo hubiese convocado a mis consanguíneos a una visita a la Ciudad de México: Mi padre fue el primero en llegar: intempestivamente, tomó un vuelo de avión; mi madre, por su parte, abandonó sus vacaciones en Oaxaca, dejándolas a la mitad, y poco después arribó mi hermana, por carretera, en su camioneta. El motivo: aparentemente había yo robado un auto y había salido a la carretera a destrozarlo. La realidad era un poco distinta; tanto para ellos como para mí.

Estaba yo atado a una cama en el Hospital Psiquiátrico San Bernardino. Había pacientes deambulando entre las camas distribuidas a los largo y ancho de un cuarto inmenso, mientras la enfermera preparaba la primera de las inyecciones. Un paciente se acercó y me dijo que iba realizar un sacrificio humano conmigo. Hizo el gesto de que me enterraba un cuchillo en el corazón, mientras la enfermera le pedía que se hiciera a un lado. Ahí estuve unas horas, recostado, escuchando a locos, como yo, conversar de una cama a la otra. Me habían inyectado un antisicótico y un ansiolítico y el medicamento hizo su efecto rápidamente. A las dos horas regresó la enfermera, me preguntó cómo me sentía, preguntó si tenía aún mi celular junto a la cama, y me desató, para luego conducirme a una oficina.

Ahí estaban mi padre y mi tío Fernando. Les reclamé a ellos que en el hospital me hubiesen tenido amarrado. Lo del auto era cierto. Había tomado un coche que no era mío y lo había conducido toda la noche, buscando la salida a Monterrey. Se acercaba el día del padre y yo quería ir a celebrarlo con el mío, a Monterrey, Mi auto no había encendido y alucinaba que el ejército me seguía. Tomé el de un vecino y cuando sentí que me perseguían en la carretera a Querétaro, cerca del pueblo de San Juan, lo destruí intentando sacar de la autopista a un autobús que me perseguía. Un helicóptero observaba la escena y patrullas de la Federal de Caminos arribaron al lugar. El agente me pidió mi celular y de ahí buscó en la libreta de direcciones el teléfono de casa de mis padres y se comunicó con él. Me llevaron a una

estación cercana mientras mi tío Fernando arribaba.

Intentaron internarme en el Hospital Psiquiátrico Ramón de la Fuente, donde las condiciones de estancia eran mucho mejores que en el Fray Bernardino. Los médicos me recibieron, dictaminaron que efectivamente estaba sufriendo un cuadro psicótico, pero no podían recibirme en el hospital porque no internaban pacientes en domingo. De ahí fuimos al fray Bernardino, luego de una pequeña parada en la cochera de la casa de mi tío Fernando, donde mis tíos se preguntaban qué hacer conmigo. Finalmente tuvieron el valor de llevarme a las paupérrimas condiciones del Bernardino porque efectivamente ellos no podían manejar la situación: se requería de medicamentos y tratamiento psiquiátrico.

Luego de haber visto a mi padre en la oficina del Bernardino, me tranquilicé. Me llevaron a varios centros de salud donde alguien pudiera dar parte legal de la situación que estaba viviendo, previniendo la situación que podía vivir luego de haber tomado el auto que no era mío. En la madrugada, al parecer consiguieron lo que se necesitaba. Al día siguiente llegaron mi madre y mi hermana. Estuvimos unos días en el departamento de la Ciudad de México, hasta que mi hermana se preguntó qué hacíamos ahí. Erán yo quien no quería irse, (como parte de las alucinaciones, imaginaba que un gran terremoto sacudiría la Ciudad de México, -como realmente sucedió al año siguiente-, y había que esperar la indicación de Dios para partir). Le pedí unos días a mi hermana. Accedieron y cuando el plazo se cumplió, mi madre preparó sándwiches y tomamos carretera hacia Monterrey, en la camioneta de mi hermana.

Ese fue el viaje que realizamos los cuatro juntos, por primera y única vez, en carretera, en auto privado, de la Ciudad de México a Monterrey. Diez horas de viaje. Ya existía Spotify y mi hermana me prestó su celular para que yo fungiera como DJ en el camino. Creo que hablamos poco. En aquel estado alterado de consciencia, se me abrió un mundo nuevo de interpretaciones sobre letras de canciones conocidas. (1 Juan 3:2).



Ramón López Velarde

(Jerez, 1888 - México, 1921)
Poeta mexicano que compuso, con motivo del primer centenario de la Independencia, el poema Suave Patria, que suele considerarse el poema nacional de México. Ramón López Velarde es considerado, a pesar de su corta vida, el más específicamente mexicano, el más "nacional" por decirlo de algún modo, de los líricos del país. Es el poeta de la época modernista con mayor arraigo mexicano, pero un arraigo que no llega a fructificar en su espíritu renovador y mantiene, en el lenguaje y el estilo, una serenidad casi clásica, un carácter religioso que lo vinculan con la tradición.

Nacido en Jerez, en el estado de Zacatecas, en 1888, poco puede decirse de su corta vida: cursó sus primeros estudios en los seminarios de Zacatecas y Aguascalientes y se matriculó, luego, en la Universidad de San Luis de Potosí para estudiar la carrera de leyes. Murió prematuramente a los treinta y tres años, en la Ciudad de México, en 1921. Tentado por la política, como tantos otros literatos mexicanos, en 1911 se presentó a las elecciones como candidato a diputado suplente por su ciudad natal, integrado en las listas del Partido Católico.

En 1914 viajó a Ciudad de México, donde se instaló trabajando primero en su profesión de abogado y, luego, en las secretarías de Gobernación y Relaciones Exteriores; fue también profesor de literatura. Publicó sus crónicas políticas en varios periódicos: El Regional de Guadalajara (1909), La Nación (1912), El Eco de San Luis (1913), El Nacional Bisemanal (1915-1916), Revista de Revistas (1915-1917), Vida Moderna (1916) y Pegaso (1917).

En La sangre devota (1916), su primer libro de poesías, pueden descubrirse ya los temas recurrentes en toda su obra: el amor, el dolor y la preocupación por los destinos patrios. Con su obra reaparece en la lírica mexicana un acento casi olvidado, una voz, la de la provincia, que había callado ya. En 1919, apareció Zozobra, su segunda obra poética, en la que aborda dramática y sinceramente los problemas del erotismo, la religión y la muerte. En 1921, al celebrarse el primer centenario de la Independencia, escribió Suave patria, en cuyos versos épicos y líricos exalta los sentimientos nacionalistas.

Su prematura desaparición arrebató a las letras mexicanas un creador de enorme fuerza y talento muy personal. Tras su muerte fueron apareciendo sus demás obras, que en unos casos habían sido preparadas por el propio autor, y en otros se rescataron de periódicos y revistas. Se editó el tercer volumen de su producción poética (El son del corazón, 1932) y otros tres que contienen su obra en prosa (El minuterio, 1923; El don de febrero. Poesía, cartas y documentos, 1952; y Prosas políticas, aparecido en 1953).

La peculiar estética del autor asomó ya en La sangre devota (1916), un volumen de poesía amorosa dedicado a su musa, llamada en la obra Fuensanta y en la vida real Josefa de los Ríos. A este volumen inaugural siguió Zozobra (1919), en el que analiza las "flores del pecado" sembradas durante su relación con Margarita Quijano, y un último libro de poemas aparecido póstumamente: El son del corazón (1932).

ad pédem literae

No me importa caminar. No hay distancias cuando se tiene un motivo.

Jane Austen

Letras de
buen humor

La risa es, por definición, saludable

Doris Lessing



literatura que parecía borrada del escenario. Nosotras me coloca en el mundo rural de los años sesenta, donde la violencia estaba en otro lado, en esa modernidad tragándose formas de vida, roles y relaciones en un poblado pequeño que sabe leer el vuelo de los pájaros, las virtudes de las plantas, los silencios de los habitantes. Me recuerda el placer de los mundos a los que me llevaba la lectura de Elena Garro en Los recuerdos del porvenir, Ramón Rubín y sus cuentos de pesca, y un Rulfo donde vivos y muertos conviven en el aire, en la tierra y en los muros de Comala. Son ecos frescos de

una escritura que se despojó de campo y se volvió urbana y de metralla.

Lease esto como un agradecimiento a la amiga que me acercó Nosotras, con ello la oportunidad de conocer a una nueva autora y provocar un contagio lector. A través de estas líneas también agradezco a quien alguna vez haya regalado un libro mío a otro. Es difícil que el autor se entere, pero cuando he firmado para quien va a recibir el libro obsequiado, o alguien me confiesa me lo regalaron, me emociono. Sé lo que significa regalar un libro y recibir ese regalo.

Mónica Lavín

Nosotras, un regalo

Cuando alguien regala un libro, y no me refiero al autor amigo que lo comparte, está revelando su emoción lectora. Tras el libro que alguien pone en tus manos está la declaración de cuánto le gustó y el deseo de que también a ti te pueda acompañar. Quien regala un libro hace un puente especial, generoso y cargado de complicidad de lo que acaba de descubrir, con la persona que fue mientras leía esas líneas y piensa, obsequiosa, que no debes perderle de ello. Cuando se regalan libros, se regala una experiencia, una botella de tiempo (diría Jim Croce), un gusto literario, una manera de estar en el mundo a través de las palabras que los escritores te han acercado y que han dejado huella en ti.

Mi amiga Patricia me regaló la novela Nosotras de Suzette Celaya Aguilar. Voy haciendo un altero de los libros que tengo intención de leer antes de acomodarlos en el librero y que los engulla el orden alfabético o la tradición literaria a la que pertenecen. Aquella novela, comentada también por Elmer Mendoza y destacada como sus lecturas recomendadas, llevaba meses esperando mi atención. Mientras estuve en aquel pueblo que la presa desaparecería, con Violeta y su necesidad de

quedarse con sus muertos —su madre, su hija y su abuela—, con aquella muchacha Lina que está de paso y a quien le interesa otra vida, la de ciudad, sueños más anchos, mientras estuve con Fermín cuyo regreso espabiló el pasado, mientras viví las falsas promesas de los burócratas para desalojar a los habitantes de aquel pequeño lugar donde la iglesia y las casas y el cementerio se anegaban en una semana, comprendí las razones de Patricia para ponerlo en mis manos.

Me topé con una autora que empata la fuerza de las palabras con las emociones de los personajes, diestra en la economía de lenguaje y la precisión de las imágenes, cuya prosa suena a tierra, a zopilotes volando, a piedras arrastradas por el río, a viento, al rumor del agua lejana. Violeta no quiere abandonar su lugar, quizás por aquello de qué somos de donde están nuestros muertos, un linaje de mujeres y el secreto de una paternidad oculta, de una abuela usurera y de una necesidad de pertenecer que todos compartimos.

En medio de mis lecturas recientes, la novela de la joven autora sonoreense Celaya Aguilar, que ya ha sido merecedora de atención, me conecta a un tipo de